

# PRESENTACION

La escuela cristiana se siente, en ocasiones, interpelada a la búsqueda o al redescubrimiento de su identidad. Unas veces es la reflexión de quienes viven atentos a las cuestiones teóricas; otras, es la dificultad con que se encuentran quienes viven en la práctica de la educación. Y en no pocas ocasiones, es desde la práctica, desde el quehacer educativo, desde donde se pide una palabra de iluminación a la reflexión teológica o catequética. El número de SINITE que presentamos obedece, en parte, a un intento de clarificación sobre la identidad de la escuela cristiana urgidos, sobre todo, por quienes, debido a dificultades en la práctica, se interrogan por la identidad de la escuela cristiana o, al menos, por alguna de sus tareas fundamentales. Los tiempos nuevos y las urgencias pastorales exigen nuevas reflexiones, nuevas soluciones y compromisos.

Es cierto que la escuela cristiana está definida tanto en su identidad como en su misión; y no es menos cierto que quienes viven su compromiso pastoral en/y a través de la escuela cristiana —quienes viven inmersos en una corriente eclesial de probada fecundidad y eficacia— suelen tener las ideas claras al respecto. Pero, a veces, quizás incitados por quienes viven en el exterior de la escuela cristiana —aunque sean éstos personas de Iglesia— necesitan reformularse aquellas ideas que están en el fondo de cuanto ellos son, viven y hacen. Por eso, las pági-

nas que siguen, queremos reflexionar sobre la escuela cristiana abordando una dimensión con preferencia a otras. Mucha se ha escrito últimamente acerca de la escuela cristiana como ámbito y mediación crítica de los valores y de la cultura, vividos y juzgados a la luz del Evangelio; mucho, también, acerca de la escuela cristiana como lugar para el diálogo o la síntesis entre la fe y la cultura. Hay que reafirmar, desde aquí, que en realidad esta es su misión esencial y su razón de ser como escuela cristiana al servicio de la única misión evangelizadora de la Iglesia.

Pero la escuela cristiana también ha sido tradicionalmente lugar de educación de la fe en una dimensión integral: lugar de catequesis y de celebración, lugar de praxis pastoral y de compromiso cristiano. Y esta dimensión, criticada o atenuada por algunos, quisiera ser aquí destacada, expresada con el relieve que se merece.

Nadie pone en duda que la catequesis es objetivo y tarea de la comunidad cristiana, ni que ésta sea una expresión definidora de la Iglesia entendida como «Comunidad de comunidades». Pues bien, desde este punto de partida —modelo de Iglesia y misión evangelizadora de la Comunidad cristiana— iniciamos nuestras reflexiones afirmando la posibilidad de que la escuela cristiana sea lugar eclesial —una comunidad cristiana— desde el que no sólo sea posible sino teológica y pastoralmente legítima la catequesis y la celebración de la fe. Para ello, es necesario ampliar el modelo de «comunidad cristiana» al ámbito de la escuela y desde ahí reconocer con todo derecho tanto la posibilidad —real por otra parte— de la comunidad cristiana en la escuela como la catequesis entendida como misión y compromiso de esa comunidad que se presenta como origen, referencia y meta de la educación de la fe que exige la escuela.

Una escuela, la cristiana, que puede haber tenido un origen no identificable en sentido estricto con lo que hoy llamamos «escuela de la comunidad cristiana», pero que ha sido desde siempre lugar catequístico y ámbito de celebración de la fe. Y una escuela que hoy se esfuerza por crear en su seno esa comunidad cristiana que sea garantía de su misión catequizadora. En efecto, en la escuela cristiana tiene lugar, en diverso grado según las diversas latitudes y culturas, el primer anuncio, ejercido desde una actitud misionera, así como la evangelización desde la cultura; pero también la catequesis explícita y todo lo que este proceso integral de educación de la fe exige: creación de grupos cristianos, proceso catecumenal, celebración de la fe, iniciación en el compromiso. No son pocas las escuelas que hoy pueden mostrar su compromiso serio, profundamente estudiado y rigurosamente elaborado, en un proyecto de catequización que implica a la comunidad religiosa fundacional y a quienes, dentro de la comunidad educativa, se

sienten llamados a la creación y vivencia de la comunidad cristiana en la escuela: padres, profesores, exalumnos, colaboradores, alumnos... Este proyecto significa un compromiso evangelizador y catequístico que tiene lugar en la escuela como lugar propio de convocatoria, como ámbito adecuado y como mediación eclesial reconocida.

Es cierto que la escuela cristiana no debe sentirse como un coto cerrado y como un «lugar aparte», sino en comunión con la Iglesia local y universal; pero no es menos cierto que la Iglesia debe reconocer —y hacerlo en términos explícitos— la misión evangelizadora de la escuela cristiana no sólo como lugar complementario de la catequesis parroquial, por ejemplo—, sino como auténtico lugar eclesial de catequización. Y esto, «a pesar de» las estructuras escolares —como gusta destacar a algunos— o «gracias a» sus posibilidades, como recalcan otros. Pero eso sí: desde la comunión eclesial que ha de presidir toda acción evangelizadora, catequística y pastoral.

Por eso, la reflexión que SINITE aborda en este número quiere ser a un tiempo clarificación para los educadores cristianos, y justificación y argumentación para todos, de que la catequesis y la celebración de la fe son misión propia de la escuela como «escuela de la comunidad cristiana» y que ésta puede ser considerada como auténtico lugar de catequización.